

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS

EL CAÑÓN Ó EL ROSARIO

Un periódico alemán, publica algunas noticias acerca de un cañón gigantesco que la casa Krupp ha remitido á la fortaleza rusa de Kroustadt por el puerto de Hamburgo.

El cañón pesa cuatro mil setecientos quintales y ha sido transportado á la ciudad en un vagón de ocho ruedas, á causa de tener una longitud de doce metros, y un diámetro de dos.

O lo que es lo mismo; á causa de tener una barriga de siete varas de circunferencia.

¡Barriga es!

Y sin embargo, añaden los periódicos que puede ser manejado por un solo artillero y disparar dos tiros por minuto; tiros que alcanzan á más de tres leguas, y que cada uno de ellos, cuesta la friolera de siete mil quinientas pesetas.

Discurriendo yo sobre este último invento de la *fraternidad humana*, calculaba que si un disparo hecho con ese cañón cuesta treinta mil reales, y cada minuto se hacen dos, necesita Rusia ochenta y seis millones, cuatrocientos mil reales para sostener el fuego durante un solo día.

Y ayúdeme usted á sentir, si sigue el fuego una semana.

Es decir, ayude usted á sentir á los rusos.

Pero no solo son los rusos los que sienten ya estas cosas.

Así por cima encima se calcula que Alemania gasta anualmente en preparativos de guerra seiscientos millones de pesetas; Inglaterra setecientos; Austria Hungría cuatrocientos; Francia ochocientos; Rusia otros ochocientos, Italia trescientos, y así las demás naciones.

Y también se calcula que en caso de conflagración universal, esas naciones arrojarían hoy al campo once millones de hombres armados hasta los dientes, capaces de destruir en una semana media humanidad y merendarse la otra media.

Y esto por hoy, que mañana no sa-

bemos si en vez de once millones arrojarían cuarenta. Lo que sí sabemos es que la ansiedad crece, el temor aumenta; si una nación inventa un cañón, otra inventa una ametralladora; si una construye un nuevo fusil, otra discurre otro; y que ya no hay bol-illo ni fuerzas humanas capaces de soportar el peso que nos abruma; ni es posible vivir así temblando siempre como la hoja en el árbol, armados hasta las narices y mirando á todas horas de reojo á ver por donde viene el enemigo.

Y lo que es más triste, empleando en pólvora lo que habíamos de emplear en pan.

¡Pobres de nosotros!

Y aun hay bobos que á esto llaman progreso.

¡Buen progreso! Exactamente igual al que desde tiempo inmemorial disfrutaban los caribes de Oceanía.

Con la única diferencia de que los caribes usan flechas y taparrabo y nosotros usamos cañones y pan alon.

Y de que ellos suelen practicar la ley natural y nosotros no practicamos más que la del *embudo*.

Y aquí está el secreto de nuestras desdichas; y la razón de nuestra hambre, nuestra ruina y nuestra perdición.

Guerras ha habido siempre, porque la guerra es hija del pecado, pero desde que los pecados han crecido hasta el extremo de erigirse en ley; desde que el egoísmo, la avaricia, la sensualidad, la mala fé y el odio á todo lo que sea doctrina cristiana se ha apoderado del corazón de los hombres, el cañón se ha elevado á la categoría de institución social y ha proclomado á tiro limpio su soberanía en toda la tierra.

Y es que el cañón no es otra cosa que el barómetro que indica el grado de presión que la maldad de los hombres hace á la justicia de Dios.

Á mayor presión, cañón más gordo.

Lo cual se explica perfectamente.

Mientras dos hombres viven en paz, no necesitan gastar más pólvora que la precisa para ahuyentar los mosquitos.

Pero desde el momento en que empiezan á jugarse malas pasadas, y á ol-

vidarse de los mandamientos de la ley de Dios; desde aquel momento digo, los cuartos que habían de emplear en hacer á sus hijos calzones nuevos, tienen que emplearlos en navajas, pistolas y cuchillos; y el ingenio que habían de consumir en buscarles pan, tienen que gastarlo en armarse zancadillas.

Que es precisamente lo que nos pasa á nosotros.

La codicia, la maldad y el egoísmo, por una parte; y por la otra la falta de respeto y sumisión á la única autoridad social, bastante alta y digna para estar sobre todos, la autoridad del Papa y de la Iglesia, nos está haciendo volver atrás muchos siglos á sufrir otra vez el terrible yugo de aquella antigua barbarie de que tanto se ha hablado: la de la edad de hierro.

Porque donde no impera la Iglesia cristiana, no puede haber civilización.

Y este es un hecho innegable, del que todos llevamos ya la prueba en el bolsillo, en el estómago y en el corazón.

En el bolsillo vacío, en el estómago hambriento y en el corazón intranquilo y falto de paz.

Más ¿cuál puede ser el remedio á tanto mal?

Cosa sencilla; si la guerra es hija del pecado, suprimido el pecado se acabaría la guerra.

¿Pero quién suprime el pecado?

¡Ah! escúchese esta historia.

Hacia mediados del siglo XIII, una secta diosa, conjunto informe de vicios, y de errores importados de Oriente por una mala vieja, (pues los errores son como la peste, que pueden venir hasta en los trapos); llegó á adquirir en Francia tal desarrollo, merced á la depravación de costumbres entonces reinante, que formado los malvados ejércitos numerosos, asolaron pueblos y ciudades, derribaron iglesias, cometieron toda clase de crímenes y amenazaron seriamente á la Iglesia católica que hubiera perecido á no tener el apoyo de Jesucristo y su promesa de que el infierno no la vencerá jamás.

Los albigenses, que así se llamaban los masones de aquella época, unidos á los valdenses y beguardos que eran otros

por el estilo, pusieron en verdadero apuro á Europa y vencieron ejércitos numerosos. La guerra, el hambre, la desolacion, la ruina y la barbarie, cundian por todas partes: ¿qué hacer?

Dios no necesita grandes instrumentos para hacer grandes cosas,

Un humilde santo español, Santo Domingo de Guzman, hallándose un dia en fervorosa oracion en la capilla de Nuestra Señora de la Provilla, tuvo una vision celestial. Apareciósele la Madre de Dios y le dijo que habiendo sido la salutacion agélica el principio de la redencion del género humano, era razon que lo fuese tambien de la conversion de herejes é infieles; que predicase la devocion del rosario (conocida desde muy antiguo en la Iglesia) y que obtendria gran fruto en sus trabajos.

Y así fué, porque al punto que la hermosa y tierna devocion empezó á extenderse, muy luego se experimentó un cambio radical de costumbres, se convirtieron sobre cien mil herejes, mudaron de vida multitud de pecadores, y todo cambió como por encanto.

No es extraño pues que cesase la desolacion y se calmase la guerra. Al aumentar la fé y la caridad, habia disminuido el pecado, y al disminuir el pecado disminuian sus efectos.

Pues otro tanto sucederia hoy si en vez de tantas cábalas y teorías doblásemos nuestras rodillas, bajásemos nuestras científicas cabezas tan llenas de faramalla como vacias de virtud; y arrepentidos de nuestras iniquidades, saludásemos á la Virgen Santísima diariamente con su tan predilecta devocion, pidiéndole clemencia, y ofreciéndole variar de costumbres y volvernos de dentro á fuera como se vuelve un calceñin.

Verian ustedes que pronto se disminuian los presupuestos de guerra, se acababan las quintas y terminaban los cañonazos.

Y que pronto volviásemos á disfrutar de salud, pan y paz, que son las tres cosas que nos faltan para estar bien.

Pero si no lo hacemos, verán ustedes que pronto nos convertimos todos en soldados, nos armamos hasta con los pinchos de la cocina y nos devoramos unos á otros como los célebres lobos de la historia.

Porque la represion interior y la exterior son correlativas; y cuando el hombre no se reprime á sí mismo, tiene que venir otro á reprimirlo.

No hay pues término medio en el dilema que se nos viene encima. O ser

hombres de bien y levantar nuestros corazones de la tierra para que no se arrastren como gusanos asquerosos, ó resignarse á morir como los huevos.

Fritos ó estrellados.

En una palabra: O volver al rosario ó ser victima del cañon.

A. G. y G.

TRIUNFOS DEL ROSARIO

Habia mas de un siglo que los turcos tenian llena de terror á toda la cristiandad por una continuada serie de victorias que los permitia Dios, ya para castigar los pecados de los cristianos, ya para volver á escitar en sus frios corazones la medio apagada fé. El año de 1521 se apoderó Soliman II de la plaza de Belgrado: el de 1522 se hizo dueño de la isla de Rodas; y pensando ya únicamente en dilatar sus conquistas hasta donde se estendia su ambicion, entró en Hungría el año de 1526; ganó la batalla de Mohaes; apoderóse de Buda, de Pest, de Gran y de algunas otras plazas; penetró hasta Viena de Austria; tomó y saqueó á Tauris; y por medio de sus generales rindió con las armas otras provincias de Europa. Su hijo y sucesor Selim II conquistó la isla de Chipre el año de 1571; puso en el mar la más numerosa y la más formidable armada que habia visto aquel monstruo sobre sus espaldas, lisonjeándose de hacerse dueño con ella no menos que de toda la Italia. Atónita una gran parte de la cristiandad, consideró que dependia su fortuna de la dudosa suerte de una batalla. Era muy inferior la armada naval de los cristianos á la de los turcos, y no podia prometerse la victoria sino precisamente con la asistencia del cielo. Consiguieronla por intercesion de la Santísima Virgen, bajo cuya proteccion habia puesto la armada el santo pontífice San Pio V. Dióse esta memorable batalla, la más célebre que los cristianos habian ganado en el mar, el día 7 de Octubre del año de 1571.

Estaban los turcos anclados en Lepanto, cuando tuvieron aviso de que los cristianos, saliendo del puerto de Corfú, venian á echarse á velas tendidas sobre ellos. Tenian tan bajo concepto de la armada cristiana, que nunca creyeron tuviese atrevimiento á presentarles el combate. Sabian á punto fijo el número de navios de que se componia; pero ignoraban que venian á pelear bajo la proteccion de la Santísima

Virgen, en quien despues de Dios tenían colocada toda su confianza; y por eso quedaron extrañamente sorprendidos cuando fueron informados de que la armada naval de los cristianos habia ganado ya la altura de la isla de Cefalonia. Acostumbrados los turcos despues de tanto tiempo á vencer y á derrotar á los cristianos, celebraron su intrépida cercania como presagio seguro de una completa victoria. Superiores en tropas y en navios, levantaron áncoras para cerrarles el paso, con ánimo de cortarlos y de envolverlos, de manera, que ni uno solo escapase para llevar la noticia de su derrota. Apenas se dejó ver la armada otomana, mandada por Ali-Bajá, cuando la armada cristiana, que con titulo de generalísimo mandaba el señor don Juan de Austria, hermano natural de Felipe II rey de España, juntamente con Marco Antonio Colona, general de la escuadra pontificia, levantó un esforzado grito, invocó la intercesion de la Santísima Virgen, su soberana protectora.

Hallábanse las dos armadas á distancia de doce millas, cuando se dió la señal de combatir, y se enarboló el estandarte que los dos comandantes habian recibido en Nápoles de parte de su santidad. Apenas se descubrió la imagen de Cristo crucificado que estaba bordada en el estandarte pontificio, cuando le saludó toda la armada con grandes gritos de alegria; y haciendo señal á la oracion, todos los oficiales y todos los soldados adoraron de rodillas la imagen del crucifijo: espectáculo verdaderamente tierno ver al oficial y al soldado armados para pelear á los pies de Jesucristo implorando su asistencia para vencer á los infieles por intercesion de su Madre la Santísima Virgen, cuya imagen se veneraba á bordo de todas las embarcaciones. Mientras tanto se iban acercando las dos armadas, favorecida del viento la escuadra turca, circunstancia que daba mucho cuerpo al sobresalto y al temor. Volviéronse entonces con mayor fervor los cristianos á la soberana Reina, bajo cuyos auspicios iban á combatir, y cambiándose el viento de repente, comenzó á soplarles de popa con tanta dicha; que todo el humo de su artilleria cargaba sobre la escuadra otomana, mudanza que todos calificaron de milagrosa, recibíendola como visible prueba de la asistencia del cielo. Halláronse á tiro de cañon las dos armadas el dia 7 de Octubre, y se hizo tan terrible fuego de una y otra parte, que por largo espacio de tiempo

quedó el aire oscurecido con la densidad del humo. Tres horas habia durado ya el obstinado combate con empuñada valor y con casi igual ventaja de unos y otros combatientes, cuando los cristianos, más confiados en la proteccion del cielo, que en los esfuerzos de su corazon y de su brazo, observaron que los turcos comenzaban á ceder y que se iban retirando hacia la costa. Redoblando entonces su confianza y su ardimiento nuestros generales, hicieron nuevo fuego contra la capitana turca; mataron á Ali-Baja, abordaron su galera, y arancaron el estandarte. Mandó á este tiempo don Juan de Austria que todos gritasen victoria, y ya desde entonces, dejando de ser combate, comenzó á ser horrible carniceria en los infelices turcos, que se dejaban degollar sin resistencia. Treinta mil hombres perdieron estos en aquella célebre batalla, una de las más sangrientas para ellos, que jamás habian conocido desde la fundacion del imperio otomano. Hicieron los cristianos cinco mil prisioneros, entre los cuales fueron dos hijos de Ali, y se hicieron dueños de ciento treinta galeras turcas; mas de otras noventa perecieron, ó dando á la costa ó yendose á fondo, ó consumidas por el fuego; cobraron libertad por esta insigne victoria casi veinte mil cristianos, y en la armada de estos faltó tan poca gente, que todo el orbe reconoció visiblemente la asistencia del cielo, y aclamó el portentoso milagro. Consternóse tanto toda la ciudad de Constantinopla, como si ya estuviera el enemigo á la puerta, y los turcos daban á guardar sus tesoros á los cristianos, suplicándoles que cuando se hiciesen dueños de la ciudad y del imperio, les perdonasen las vidas y los tratasen con piedad.

Tuvo revelacion de la victoria el santo pontífice Pio V en el mismo punto que fueron derrotados los turcos; tan firmemente persuadido á que habia sido efecto de la particular proteccion de la Santísima Virgen, que instituyó esta fiesta con el nombre de *Nuestra Señora de la victoria*, como lo anuncia el martirologio romano en estos términos: *El mismo dia 7 de Octubre, la Conmemoracion de Nuestra Señora de la Victoria, fiesta que instituyó el santo Papa Pio V, en accion de gracias por la gloriosa victoria que en este dia consiguieron los cristianos de los turcos en una batalla naval, por la particular proteccion de la Santísima Virgen.*

Para empeñar mas particularmente la poderosa proteccion de esta Señora á

favór de las armas cristianas en ocasión tan peligrosa, se habia valido el santo pontífice de la devocion del santo Rosario tan del agrado de la soberana Reina, y ya entonces muy antigua en la iglesia de Dios; y por eso mandó que la fiesta de Nuestra Señora de la Victoria fuese al mismo tiempo la solemnidad del Santísimo Rosario. No menos vencido el Papa Gregorio XIII, de que la batalla de Lepanto ganada contra los turcos se debia á esta célebre devocion, ordenó en reconocimiento á la Santísima Virgen, que perpétuamente se celebrase la solemnidad del Rosario el primer domingo de Octubre en todas las iglesias donde se erigiese esta devotísima cofradia.

Clemente XI, uno de los pontífices que gobernaron la Iglesia de Dios con mayor celo, con mayor prudencia, y con mayor dignidad, noticioso de la victoria que las tropas del emperador consiguieron de los turcos el dia de Nuestra Señora de las Nieves, 5 de Agosto de 1716, cerca de Salankemen, conocida con el nombre de la batalla de Selim, una de las más completas que hasta ahora se han ganado contra los infieles, pues perdieron en ella más de treinta mil turcos, que quedaron tendidos en el campo de batalla, sin contar los prisioneros, toda su artilleria, sus tiendas, sus bagajes, las provisioes, la cancilleria, la caja militar, dos colas de caballos, todas sus banderas y estandartes; reconociendo muy bien que esta señalada victoria se debia á la especial proteccion de la Santísima Virgen, mandó desde luego cantar una misa solemne en Santa Maria la Mayor en accion de gracias de tan insigne beneficio; al que inmediatamente se siguió otro en nada inferior al primero, cual fué haber levantado el sitio de Corfú en el dia de la octava de la Asuncion, 22 del mismo mes y año. Agradecido el piadosísimo Pontífice á esta doble proteccion, despues de haber publicado una indulgen-ia plenaria en Santa Maria de la Victoria y enviados los estandartes que se tomaron á los turcos á Santa Maria la Mayor y á Loreto, mandó que la fiesta del Rosario, limitada hasta entonces á las iglesias de los padres dominicos, y aquellas donde hubiese cofradia de esta advocacion, en adelante fuese fiesta solemne de precepto para toda la Iglesia universal en el primer domingo de Octubre; muy persuadido á que la devocion del Rosario era el medio más eficaz y más propio para agradecer á la Santísima Virgen los favores recibidos

por su poderosa proteccion, y para empuñarla en que cada dia nos dispensase otros nuevos y mayores

VARIEDADES

Blasfemia castigada

Copiamos de la *Semana Católica* de Tolosa (Francia):

“He aquí un hecho auténtico; ha llegado á mi noticia por un testigo ocular y no es difícil cerciorarse con mas informes.

Un libre-pensador, residente en Vallieres-les-Grandes, habia puesto por burla y menosprecio un rosario en el cuello de su perro. Decia él con blasfema ironia que en ninguna parte se hallaba mejor que allí el rosario, y que, desde que lo llevaba el perro, habia sido más afortunado en la caza, sin que hubiese antes cogido tan hermosas liebres.

Pero he aquí que bien pronto el cuello del blasfemo se hincha espantosamente; ni puede comer, ni respirar si quiera, muriendo á los tres dias, ahogado materialmente, despues de espantosos dolores. No hay que decir que dispuso se le enterrara como á un perro. Tal honor no podia menos de merecerlo.”

Leccion

Todos los periódicos han hablado del atentado contra Crispi en Nápoles. Apedreado por el pueblo dióle en la barba una de las piedras, y Dios sabe lo que hubiera sido de él sino hubiese salido enérgicamente á su defensa un pobre sacerdote católico llamado Massari que pasaba por allí, y le amparó contra los que le atacaban.

Crispi le ha dado públicamente las gracias por medio de una carta en que se lee lo siguiente: “Obedezco á un sentimiento de deber y al mismo tiempo de gratitud manifestándolo sin aplazamiento alguno. La parte que habeis tomado en el incidente del que he sido víctima, ha sido tan espontánea como valerosa. Permitidme, pues, que me ofrezca vuestro afectísimo, *Francisco Crispi*.”

No puede negarse que la leccion recibida por Crispi ha sido elocuente. Lo han apedreado sus amigos los anticlericales y avanzados, y le ha defendido uno de sus perseguidos, un pobre sacerdote. Quiera Dios que la leccion le aproveche abriéndole los ojos y haciéndole ver lo torcido de sus caminos.

Lo que dá la fé

El Padre Geoffroy escribe de Bon-Son el relato de un martirio que merece figurar entre las más conmovedoras páginas de los anales de la Iglesia.

En el distrito de Dai-Psinh, los perseguidores de los cristianos perdonaron largo tiempo la vida á una muchacha de 15 años, huérfana de padre y madre, que tenia una hermanita de tres años y vivia con su abuelo, médico de fama. Un jóven y riquísimo pagano, prendado de su belleza quiso llevársela

á su casa haciendo las más seductoras proposiciones, que ella se negó á aceptar.

—Mira—dijo el jóven—que si no me sigues te matarán á tí y á tu hermana.

—Tanto mejor—contestó ella—así iremos al cielo, que es lo que yo deseo.

Para intimidarla abrieron una fosa.

—Ahí serás enterrada viva—dijo el pagano—si no accedes á mis pretensiones.

Nada contestó la jóven; á la que, luego que la fosa fué terminada, mandaron que bajase á ella.

—Esperad un momento—é hincándose de rodillas recitó unas oraciones, terminadas las cuales dijo:—Ya estoy lista.

Echaron un lienzo en la fosa y ella bajó llevando á su hermanita en brazos, á la que colocó á su lado, tendiéndose sobre el lienzo y con la sonrisa en los labios:—Ya podeis cubrirnos de tierra—dijo dirigiéndose á sus verdugos, que así lo hicieron no sin admirarse de su serenidad y valor heroico.

Tenia razon

El P. Barrat, de las Misiones de China, cuenta que un pagano se presentó á él expresándole deseos de abrazar la religion cristiana.

—¿Y por qué—le preguntó—quieres convertirte?

—Porque he visto morir á los cristianos y quiero morir como ellos.

Los he visto arrojar al agua, atravesados con lanzas, quemados, enterrados vivos y todos morian alegres y satisfechos rezando sus oraciones y ayudándose mutuamente.

Los cristianos solo son capaces de morir así, y ese es el motivo por el cual quiero hacerme cristiano.

La diosa razon

Hará unos veinticinco años vagaba por los campos y las aldeas, en Francia, una vieja harapienta cuyo aspecto era repulsivo. Escualida, sin dientes, encorvada, y casi idiota, vivia de la caridad pública. Su albergue era una miserable choza. Sin parientes ni amigos, lejos de buscar el trato de sus semejantes, parecia huir de ellos y se situaba en los caminos á pedir limosna, lo cual hacia sin mirar á los transeuntes, cuya vista no podia soportar, sobre todo si eran mujeres jóvenes. Solo al pasar el Cura de la aldea se levantaba, iba hácia él, y bajando la cabeza le pedia su bendicion, mientras decia de manera casi ininteligible ¡Dios sea loado!

¿Sabeis quién era aquella miserable mujer? Pues era la jóven de veinte años á quien la Convencion Nacional paseó en triunfo por las calles de París y la hizo adorar, bajo el título de la diosa Razon, en el altar mayo de Nuestra Señora.

Terminada la apoteosis siguió el olvido y luego el desprecio, teniendo la diosa de la gran fiesta que volver á su condicion de simple mortal. Abandonada de sus adoradores, arrojada del templo, amenazada constantemente por el temor de la guillotina, el ídolo pasajero del voluble pueblo de París tuvo que huir de la capital y caminar errante por

las provincias como una vagabunda. Dícese que du ante largos años se la veia llevarse bruscamente la mano al cuello. Era un movimiento nervioso adquirido á consecuencia del terror á la fatal cuchilla, de que se creia constantemente amenazada. Por fin, sintiéndose morir en una aldea oscura, imploró el auxilio de un Sacerdote, que recibió su último suspiro el 30 de Setiembre de 1864, á la edad de noventa años.

EL MISIONERO

SONETO

A cumplir su mision marcha atrevido
Cruza contento los extensos mares,
Y deia con placer los patrios lares
Por cristiana religion nutrido.
Y con fuerza resiste, decidido
Peligros que le oponen á millares...
Destruyendo sus idólatras altares
El ídolo que por él, es convertido.
En este siglo de impiedad inmensa
Su gloriosa figura se aparece
Como una luz entre la sombra densa;
Luchando por su Dios, pobre parece
Es grande su piedad, su fé es intensa,
Es ángel, que el Señor, al mundo ofrece.

RAFAEL ROMERO GARCIA.

Pedro-Abad, 3 Agosto de 1889.

Felicidad cristiana

¿Qué lengua puede explicar, el lazo de sabiduría que encierran las ocho lecciones de vida bienaventurada que Jesucristo nos enseñó haciendo cátedra de un monte? Aquella pobreza voluntaria que corta de un solo golpe la raiz de todos los vicios, de todos los cuidados y de todos los trabajos, que es la codicia; aquella mansedumbre que arranca del corazon todos los odios, rencores, iras y litigios de los hombres; aquellas lágrimas riegan el alma para que dé frutos de vida eterna; aquella hambre y sed de la justicia, que son como flores que preceden á los frutos de las virtudes; aquella misericordia, que socorriendo las necesidades ajenas, asegura el socorro á las propias; aquella limpieza de corazon, en que resplandece la divina luz, aquella paz y concordia con todos, que hace al hombre hijo de Dios; aquella paciencia y aun alegría en las tribulaciones que le eleva sobre las estrellas del cielo, y le pone en aquella region de paz, adonde no llegan los nublados de este mundo.

Ved ahí en compendio las primeras lecciones de la Sabiduría humana. Ved aquí en que consiste la verdadera felicidad. Si deseamos vivir dichosos, ¿por qué no buscamos la dicha en las fuentes que nos ha abierto el Salvador? ¿Acaso nos parece cosa extraña, que la felicidad se halle en la pobreza, el contento en las lágrimas, la dicha en las persecuciones?

Pues pensemos que es el Hijo de Dios el que nos ha enseñado esta doctrina, y que para enseñarnosla, Él fué quien primero la practicó.

Piadoso ingenio.

Deseando una mujer pagana abrazar el cristianismo y encontrando tenaz oposicion en su marido, he aquí la estratagema de que se valió para convertirle. Dirigióse á él con el catecismo en la mano y alegando lo difícil que era para una mujer aprenderle de memoria, le rogó se lo leyera para que, oyendo su contenido de sus labios, le fuese más fácil aprenderlo. El marido, á quien agradó esta muestra de confianza, consintió en acceder al deseo de su mujer; mas insensiblemente sintióse inspirado por la gracia al leer los divinos preceptos, y asociándose á las buenas disposiciones de su esposa, recibió al mismo tiempo que ella el bautismo.

Cuantas personas caerian de su error y cambiarian de ideas si tuvieran paciencia para hacer lo que ésta pobre idólatra; pero cierran los ojos, y de aquí que no vean nunca la luz. Se llaman amigos de la verdad y sin embargo huyen de ella.

Sentencias y máximas

Hazte guerra, y tendrás paz;
Ciega, y hallarás la luz;
¿quieres gloria? Ansía la cruz,
y de ella serás capaz.

Vivo yo, más ya no yo,
porque Cristo vive en mí;
y solo el que muere así
la vida inmortal halló.

Ninguno á la libertad
de los hijos de Dios llega,
que á sí mismo no se niega
y rinde su voluntad.

Con dos cosas llegarás
á muy alta perfeccion,
que es mirar tu corazon
y nunca mirar atrás.

BIBLIOGRAFIA.

HIRAM-ABI, fundador de la masoneria.—LA POMPA FÚNEBRE.—Estos dos opúsculos constituyen los cuadernos décimo y undécimo de la biblioteca antimasonica de Leo Taxil.—Véndense á 25 céntimos de peseta en la libreria de la Inmaculada Concepcion.—Buenos Aires, 13 Barcelona.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligrases, etc., ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

Una accion.	• • •	4 pesetas mensuales.
Media id.	• • •	2 " "
Un cuarto id.	• • •	1 " "
Un octavo id.	• • •	0'50 " "

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripcion en Madrid en la administracion de La Semana Católica, Bolsa 10 y en las demás librerías católicas.